# Laviana en Palacio Valdés: relación documental de un idilio en letras de oro

José Luis Campal Fernández

## I. Armandín en Arcadia

Un tópico extendido pero no fundado en justicia, en lo que concierne a la relación de Armando Palacio Valdés con su concejo natal, es aquél de que, tras los seis primeros meses de su infancia pasados en Entralgo y su regreso por tres estaciones cuando contaba seis años de vida, nunca retornó a Laviana ni la tuvo a ésta presente. Tal infundio es fácilmente rebatible, y a ello consagraré una parte de mi disertación.

De las estancias más o menos prolongadas, así como de visitas menos dilatadas o fugaces, nos ha quedado constancia bien a través del epistolario del escritor, bien a través de algún artículo o capítulo de su libro memorialístico por excelencia (*La novela de un novelista*[1]), bien a través de noticias periodísticas o aportaciones de sus biógrafos. A Laviana regresó Palacio Valdés con cierta asiduidad en los primeros tiempos de su carrera literaria, ocupando algunas veces la casona solariega de sus mayores en San Juan de Entralgo, recalando otras en una fonda de Pola de Laviana cuando el número de veraneantes provenientes de la familia de los dos hermanos vivos (Atanasio y Armando; Leopoldo murió en 1892 sin dejar descendencia) hacía imposible la permanencia conjunta en el edificio familiar; o cuando el inmueble, en las últimas visitas, ya no era habitable.

[1] PALACIO VALDÉS, A., *La novela de un novelista. Escenas de la infancia y adolescencia*. Madrid, Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1921, 313 páginas.

Las estancias palaciovaldesanas en territorio lavianés las consagraba el autor de *La aldea perdida*[2] —tal y como ha relatado, entre otros, el centenario sacerdote e historiador don Luciano López y García-Jove, compañero de cuitas del escritor—, además de a descansar y disfrutar del esparcimiento festivo, a resolver asuntos derivados de la administración y conservación de las propiedades personales o familiares, a recorrer los parajes agrestes y seguramente a tomar notas o apuntes para sus creaciones novelescas, así como a disfrutar de las tertulias con sus amigos polesos en la farmacia de don Máximo López (primer boticario de Laviana venido de León) y a cumplir con su devoción religiosa asistiendo a los oficios eclesiásticos.

En no pocos de los testimonios recogidos se advierte una enraizada adhesión sentimental de Palacio Valdés hacia el terruño en el que vio por primera vez el sol, y tiene generalmente palabras de emocionada querencia para el territorio y el paisaje-paisanaje del alto Nalón; su asentamiento en Madrid durante 68 años no fue óbice alguno para el constante recuerdo de su Asturias. Y esa declaración íntima se traslada a su producción literaria, pues en Laviana va a ubicar 4 de sus novelas (*El señorito Octavio*[3], *El idilio de un enfermo*[4], *La aldea perdida* y *Sinfonía pastoral*[5]), varios capítulos de su ficción memorialística *La novela de un novelista* y 2 cuentos: *El potro del señor cura*, incluido en su colección cuentística *Aguas fuertes*[6], y *¡Solo!*[7].

El ciclo lavianés de la obra palaciovaldesana es el más abultado de todos los suyos con ambientación asturiana: en Langreo ubicó la primera parte de una novela (*Santa Rogelia*[8]), y en Avilés, Candás, Gijón,

---

[2] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida. Novela-poema de costumbres campesinas*. Madrid, Imprenta de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1903, 309 páginas.

[3] PALACIO VALDÉS, A., *El señorito Octavio. Novela sin pensamiento transcendental*. Madrid, Fernando Fe (Correspondencia Ilustrada), 1881, 369 páginas.

[4] PALACIO VALDÉS, A., *El idilio de un enfermo. Novela de costumbres*. Madrid, Est. Tip. de Ricardo Fe, 1884, 278 páginas.

[5] PALACIO VALDÉS, A., *Sinfonía pastoral. Novela de costumbres campesinas*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1931, 297 páginas.

[6] PALACIO VALDÉS, A., *Aguas fuertes. Novelas y cuadros*. Madrid, Est. Tip. de Ricardo Fe, 1884, 327 páginas.

[7] PALACIO VALDÉS, A., *¡Solo!* Madrid, B. Rodríguez Serra, "Biblioteca Mignón", tomo II, 1899. Ilustraciones de R. París. Previamente, había aparecido, con el título de *Chucho*, en el libro colectivo *Novelas y caprichos*.

[8] PALACIO VALDÉS, A., *Santa Rogelia (De la leyenda de oro)*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1926, 306 páginas.

Luanco y Oviedo el de otras tantas, tituladas respectivamente: *Marta y María*[9], *José*[10], *El cuarto poder*[11], *La fe*[12] y *El Maestrante*[13]; localidades todas ellas en las que el escritor vivió o en las que pasó temporadas estivales o cruciales para entender su biografía. El ciclo lavianés tiene vital importancia, además, porque con él inicia su trayectoria novelística al publicar en 1881 *El señorito Octavio*, ambientada en La Segada y Vegalora (topónimos ficticios tras lo que se esconden Entralgo y Pola de Laviana); y al entorno lavianés, en concreto a la parroquia de El Condado, volverá la vista a la hora de afrontar su última novela: *Sinfonía pastoral*, publicada en 1931 pero que ya tenía escrita desde finales del otoño del año anterior. En los límites territoriales de Laviana va tejiendo nuestro autor un círculo perfecto que habla, sin sombra, en favor de las querencias emocionales del autor hacia sus raíces y desmonta el tópico de que Palacio Valdés renegó, de alguna forma, de sus orígenes. No renuncia el novelista, por otra parte, a la mera cita toponímica de lugares menores aunque resulten irrelevantes para la acción narrativa; a lo largo y ancho de las producciones palaciovaldesanas se deleita el escritor en la consignación de numerosas aldeas lavianesas que éste recuerda y que van acotando el imaginario sentimental de Palacio Valdés. Referirse, pues, en el sentido más chato de la expresión, a un alejamiento o indiferencia del literato entralguino respecto al lugar de donde era oriundo, fundándose sólo en que eligió como residencia Madrid —decisión de lo más lógica teniendo en cuenta que allí se cocía el guiso cultural del país— no tiene cabida cabal y reflejaría un pueblerinismo de miras muy estrechas. El desapego como tal nunca existió y sus muestras de afecto hacia el concejo de Laviana no las escamoteó. Recordemos simplemente que un artículo de Palacio Valdés, ya en la recta final de su existencia, concluía de este modo:

---

[9] PALACIO VALDÉS, A., *Marta y María. Novela de costumbres*. Barcelona, Francisco Pérez Editor, "Biblioteca *Arte y Letras*", 1883, 372 páginas. Ilustraciones de José Luis Pellicer.

[10] PALACIO VALDÉS, A., *José. Novela de costumbres marítimas*. Madrid, Imprenta de Manuel Ginés Hernández, 1885, 269 páginas.

[11] PALACIO VALDÉS, A., *El cuarto poder. Novela de costumbres*. Madrid, Tipografía de Manuel Ginés Hernández, 1888, 2 volúmenes.

[12] PALACIO VALDÉS, A., *La fe*. Madrid, Tipografía de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1892, 321 páginas.

[13] PALACIO VALDÉS, A., *El Maestrante*. Madrid, Tipografía de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1893, 434 páginas.

> «*No es sorprendente, pues, que cuanto ocurre en Laviana me interese profundamente y que apetezca para ese querido valle la paz, el bienestar y la cultura a que tiene derecho*»[14].

Ya se han disipado, para entonces, sus recelos hacia la industria carbonífera, manifestados tan crudamente en *La aldea perdida*, pues en ese mismo artículo al que aludo afirma nuestro narrador:

> «*Siempre he creído en el porvenir de Laviana, no solamente por la riqueza minera que yace en su seno sino también porque sus pobladores forman una raza muy despierta*»

## II. LAVIANA EN LETRAS DE ORO

**II.1** En el verano de 1880, Palacio Valdés acude a Entralgo y será durante esta estadía rural cuando se concentre en la redacción de su primera novela, *El señorito Octavio*, texto que completará en Oviedo y Madrid (en octubre de ese año informa a Galdós que la tiene «*muy poco adelantada*» y en noviembre que «*está para terminarse*»[15]) y que aparecerá en la primavera de 1881. *El señorito Octavio* es una obra que prende, pues significa una leve inclinación naturalista en un momento en el que se discute sobre la validez del idealismo *versus* el realismo. Estamos ante un «matizado naturalismo», como se ha dicho con notable acierto. Palacio Valdés siempre admitió que naturalismo y realismo se confundían y simbiotizaban cuando no eran términos que se asignaban o indistintamente a productos de una u otra escuela, o de un modo un poco arbitrario y de acuerdo con las predilecciones de cada crítico.

En las páginas de esta novela queda reflejada su conexión con la tierra que le viera nacer, al través de un bisel paisajístico donde, al lado de accidentes como la Peña Mayor o núcleos habitados como Entralgo-La Segada o la Pola-Vegalora, hace acto de presencia el río Nalón, protagonista indiscutible y omnipresente en todas las creaciones lavianesas de Palacio Valdés. Su fluir seminal se empareja con el desenvolvimiento

---

[14] PALACIO VALDÉS, A., "Añoranzas", en *Álbum de fiestas de Nuestra Señora del Otero*, Pola de Laviana, agosto de 1933.

[15] NUEZ, S. de la, y SCHRAIBMAN, J., *Cartas del archivo de Pérez Galdós*. Madrid, Editorial Taurus, "Persiles", núm. 34, 1967, págs. 110 y 115.

de las tramas (con sus meandros e interferencias) y con las modificaciones operadas en las conductas de las criaturas de ficción; en *La aldea perdida*, el protagonista masculino, Nolo (o Nolón, apelativo más común en Asturias), debe sin duda su nombre al río que baña las parroquias lavianesas.

Las descripciones cenitales son constantes en la aproximación al entorno geográfico nativo por parte del narrador, y en *La novela de un novelista*, por ejemplo, ya encontramos el gusto del niño Armandín por encaramarse al campanario de la iglesia de Entralgo y ofrecernos una panorámica del territorio que no difiere de la que llevará a cabo el narrador adulto en sus obras de ficción. También adopta esta ubicación superior cuando nos habla del río Nalón, lo cual lleva a cabo en clave psicológica, al impregnarlo de soplo vital. En su percepción de espectador privilegiado, Palacio Valdés no nos ofrece grandes variaciones en su acercamiento subjetivista como descriptor a la imagen del río a lo largo y ancho de los años: así, el Nalón corre «*murmurando por el fondo de la cañada*»[16] o se muestra «*impetuoso debajo del puente*» cuando no «*se extendía límpido y tranquilo*»[17], lo mismo que nos trasmite en el magnífico cuento *¡Solo!* En *El idilio de un enfermo* nos lo presenta «*vivo, diáfano y sonoro*»[18]; en *La aldea perdida* lo hace sobresalir por los beneficios agrícolas que insufla a las economías campesinas: «*A entrambas orillas se extiende una vega más florida que dilatada*»[19]. En *Sinfonía pastoral* lo pinta de modo casi calcado a como lo había hecho 50 años atrás: si en *El señorito Octavio* el Nalón-Lora era «*como una cinta de plata bruñida*»[20], en *Sinfonía pastoral* «*semeja una gran faja de plata orlada de esmeraldas*»[21]; y en *La aldea perdida*, la presa del molino de Lorío es una «*cinta retorcida de plata*»[22]. Todo lo cual nos confirma que la prosa realista de

---

[16] PALACIO VALDÉS, A., *El señorito Octavio*. Oviedo, Hércules-Astur de Ediciones, 1989, capítulo 8, pág. 148. Todas las citas de esta novela las hago por esta edición.

[17] *Ibídem*, capítulo 13, pág. 205.

[18] PALACIO VALDÉS, A., *Obras Completas. Tomo II*. Madrid, M. Aguilar Editor, 1970, capítulo 4, pág. 118. Todas las citas de esta novela las hago por esta edición.

[19] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*. Madrid, Editorial Espasa-Calpe, "Austral", núm.180, 1993 (13.ª edición), capítulo 1, pág. 57. Todas las citas de esta novela las hago por esta edición.

[20] *Ibídem*, capítulo 6, pág. 116.

[21] PALACIO VALDÉS, A., *Sinfonía pastoral*. Madrid, Ediciones Fax, 1956 (2.ª edición), parte 3, capítulo 2, pág. 118. Todas las citas de esta novela las hago por esta edición.

[22] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*, *op. cit.,* capítulo 10, p. 218.

orientación poetizante de Palacio Valdés, salvo las consiguientes maduraciones impuestas por la experiencia, no se modifica en prácticamente toda su carrera.

**II.2** A su ópera prima novelística le sigue otra en el invierno de 1883[23], la tercera en el cómputo global de Palacio Valdés, nuevamente focalizada con disfraz toponímico en tierras de Laviana: *El idilio de un enfermo*, donde, como en *El señorito Octavio*, toma carta de naturaleza la Asturias verde defendida por el escritor frente a la Asturias del empuje industrialista. En ambas, Palacio Valdés incide con intensidad en una de sus más permanentes tesis: las vivificantes propiedades de la naturaleza, el efecto purgativo y sedante del campo por oposición con la frivolidad y relajo de las insanas costumbres que, al decir del escritor, se experimentan en las despersonalizadas ciudades, en las que, por otra parte, él siempre vivió. En la primera de las novelas citadas, este extremo está representado en una mujer (Laura, la condesa de Trevía) nacida en el medio campestre, la cual se ha "contaminado" en la urbe; en la segunda, en un literato romántico que nunca ha conocido el campo (a semejanza de la Angelina Quirós de *Sinfonía pastoral*) y que acude a él por prescripción facultativa para reponerse de una anemia.

La naturaleza de *El idilio de un enfermo* es una naturaleza expansiva y totalizante, el paisaje está tan presente que no es un elemento más de la organización estructural de la obra, no es siquiera un personaje más, sino que es *el personaje*, el eje nuclear. Una muestra de esta sacralización paisajística que se impone y empequeñece lo circundante la hallamos cuando el autor nos describe, con una sensualidad casi mórbida, el bosquecillo de la Mata, en las inmediaciones de la casa rectoral de Entralgo/Riofrío:

> «*Veíanse soberbios plátanos de espléndido ramaje con sus anchas hojas erizadas de picos; magníficos olmos de oscura copa tallada en punta como las agujas de las catedrales, y formada de espesísimas y menudas hojas; grandes y robustos castaños de aspecto patriarcal, exuberantes de salud y frescura; al lado de éstos ostentaban los abedules sus blancos y delicados troncos. Había también acacias silvestres sosteniendo con endebles pilares una inmensa bóveda de hojas; numerosos fresnos de elegante finura, representando en su copa bien cortada la*

[23] *Vid*. ALAS, A. (editor), *Epistolario a Clarín*. Madrid, Ediciones Escorial, 1951, pág. 122.

*pulcritud clásica*»[24]. En *El idilio de un enfermo*, la «*vegetación limpia y briosa*»[25] del «*vallecito ameno y virginal*»[26] de Laviana convive con «*el polvo y el humo del carbón de piedra que invadían la villa y sus contornos, ensuciándolos y entristeciéndolos*»[27].

En esta segunda novela lavianesa nos encontramos por vez primera en Palacio Valdés con un arroyo que no parece ser otro que el río de Villoria, llamado por los lugareños de la Molinera, en cuyo cauce «*no penetraban*» los rayos de sol, formando «*un túnel fresco y oscuro*» en el que se advertía un lecho «*pedregoso y desigual*»[28]. Y las observaciones sobre el pueblo de Entralgo (perteneciente a la parroquia del mismo nombre de la que Madoz[29] nos dice que contaba, a mediados del siglo XIX, con «*70 casas*» y una población de «*350 almas*») serán aquí mucho más pormenorizadas que en cualquiera de sus otras piezas lavianesas: nos dice que Entralgo está

> «*compuesto de unas cuantas docenas de casas, blancas unas, pardas otras, todas pequeñas y de un solo piso, diseminadas sin orden por el espacio de tierra llana que el río dejaba en su margen derecha. Las grandes huertas, que algunas de ellas tenían detrás o a los lados, ensanchaban bastante el perímetro de la aldea. En el centro, o hacia el centro, estaba lo que pudiera llamarse plaza, o sea un pedazo de tierra cercado a trozos por casas, a trozos por árboles, surcado por la acequia de un molino, que se salvaba por medio de un pontón de madera. Tal pedazo de tierra sin cultivar servía de desahogo al pueblo. En el medio había una columna de madera, carcomida por la intemperie, a cuyo extremo se hallaba sujeta una campana que se hacía sonar con cadena. Servía para convocar a los vecinos en caso de necesidad, y también la utilizaba el cura para rezar el Ángelus cuando las horas del mediodía o el oscurecer le sorprendían entre sus feligreses*»[30].

**II.3** En los últimos meses de 1884 Palacio Valdés publica *Aguas fuertes* y en esta obra se incluye un consistente relato de sabor campestre titulado *El potro del señor cura* y que versa sobre las trapacerías aldea-

---

[24] PALACIO VALDÉS, A., *Obras Completas, op. cit.,* capítulo 6, pág. 124.
[25] *Ibídem*, capítulo 4, pág. 116.
[26] *Ibídem*, capítulo 4, pág. 119.
[27] *Ibídem*, capítulo 4, pág. 116.
[28] *Ibídem*, capítulo 8, pág. 132.
[29] MADOZ, P., *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1845-1850.
[30] PALACIO VALDÉS, A., *Obras Completas, op. cit.,* capítulo 8, pág. 128.

nas y el amor a los animales; un relato ambientado en tierras lavianesas, pero donde el autor no pasa de la mera cita geográfica de las aldeas de Arbín y Llanolatabla. En sus incursiones en la topografía lavianesa, la pluma de Palacio Valdés elude generalmente el detallismo microscópico, prefiere concentrarse en los elementos singularizadores más que en un objetivismo administrativo poco elocuente.

El otro cuento lavianés lo edita Palacio Valdés en volumen independiente quince años más tarde: *¡Solo!* es una delicada pieza de relojería narrativa, una experiencia angustiosa y traumática que pasa, con toda razón, por ser quizá su mejor aportación al genero corto y que ha sido reiteradamente seleccionado cuando se han realizado antologías del cuento en los dos últimos siglos. Centrado en el estío de Entralgo, el valle lavianés aparece en sus páginas como Campizos, pero su descripción de este núcleo habitado no es disímil de la que ejecutará en *La aldea perdida* o en *La novela de un novelista*, puesto que Campizos remite directamente a Entralgo, ya que en 1830 el abuelo materno del escritor, don Francisco Rodríguez Valdés, adquirió, para incorporar a su numerosa hacienda, un prado denominado de los Campizos. Veamos las semejanzas a que aludo: en *La aldea perdida* leemos que al valle de Laviana «*lo circundaban cerros de mediana altura* (...)*, vestidos de castañares y bosques de robles*»[31]; en *La novela de un novelista*, que «*es el valle de Laviana* (...) *grandioso sin ferocidad*» y que «*las suaves colinas que lo limitan* [están] *cubiertas de espesos castañares*»[32]; y en el cuento *¡Solo!* nos encontramos con que «*el hermoso valle de Campizos*» estaba «*rodeado de suaves colinas pobladas de castañares, y en segundo término de un cinturón de elevadísimas montañas, cuyas crestas nadaban en un vapor violáceo*»[33]. En esta última aproximación reconocemos la presentación de Peña Mea, que en *La aldea perdida* será «*fantástica crestería de granito*»[34], alterando el autor la naturaleza geológica de la montaña, al ser ésta caliza y no granítica. Acerca de esas nubes que rodeaban a los montes de Campizos, en *La novela de un novelista* escribe Palacio Valdés al hablar de Peña Mea: «*Una alta, hermosa montaña cuya crestería semejaba la de un cas-*

---

[31] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*, *op. cit.,* capítulo 1, pág. 57.

[32] PALACIO VALDÉS, A., *La novela de un novelista*. Oviedo, Grupo Editorial Asturiano, colección "Anaquel cultural asturiano", núm.21, 1992, capítulo 37, págs. 311-312. Todas las citas de esta obra las hago por esta edición.

[33] AVELLO, M., *Palacio Valdés y Asturias*. Oviedo, ALSA, 1989, págs. 155-156. Todas las citas de este cuento las hago por esta edición.

[34] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*, *op. cit.,* capítulo 1, pág. 57.

*tillo fantástico. Sobre esta montaña venían a posarse algunas nubecillas arreboladas que el viento empujaba suavemente*»[35]. La identificación entre Campizos y Entralgo en este cotejo comparativo despeja, por lo tanto, cualquier duda.

**II.4** Ya sin manto literario, los lugares y accidentes geográficos del concejo de Laviana aparecen en *La aldea perdida* con todo su esplendor y vigor descriptivo, inmortalizados en letras de oro. Con ella, el autor quiere salvaguardar a su paisaje natal de las deformaciones o transformaciones que su terruño ya ha empezado a padecer en el momento en que se escribe la novela, la cual se erige, por lo tanto, no en una llamada de auxilio, sino en la ratificación de algo ya consumado. *La aldea perdida* es una obra nacida directamente de la emoción evocativa de una Asturias tan remota como irrecuperable, y en principio es una novela testamentaria, en la que se verifica una delectación casi erótica en la nostalgia autobiográfica del pasado, en el ansia de preservación de una época feliz que ha desaparecido irremisiblemente.

Una cala en el repertorio toponímico nos arroja un dilatado recuento de espacios arraigados en la mente del autor, una suerte de álbum melancólico de lugares que a veces se reducen a una simple mención sin desarrollo: Los Tornos, Navaliego, Riomontán, Las Meloneras, Las Borias, Tolivia, Ribota, Tiraña, Muñera, Las Llanas, Lorío, El Condado, la vega de Entralgo, el pico la Vara, los montes del Raigoso, la peña Sobeyana o el castañedo del Regueral y el prado de la Tejera, dos propiedades estas últimas que debieron pertenecer a los antepasados de Palacio Valdés, que se las compraron, en el caso de la segunda (el castañedo y prado de la Tejera o Teyera), a las monjas agustinas de Gijón.

Otras veces, nos encontramos con espacios apresados en una pincelada determinante pero sobrada de todo comentario adyacente: del camino de Sacramento, que conectaba Entralgo con Canzana, se dice que era un «*áspero y tortuoso sendero de la montaña sombreado de castaños*»[36]; de la campa del Otero, que «*era un prado casi circular y llano*»[37]; de El Barrero, que era «*el sitio más elevado del lugar*»[38].

En otras ocasiones, el narrador fija con más detenimiento el esce-

---

[35] PALACIO VALDÉS, A., *La novela de un novelista*, *op. cit.,* cap. 1, pág. 22.
[36] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*, *op. cit.,* capítulo 3, pág. 113.
[37] *Ibídem*, capítulo 12, pág. 232.
[38] *Ibídem*, capítulo 2, pág. 96.

nario, aunque sin demorarse cansinamente y poniendo el acento en el envoltorio natural, como portador de señas superiores que trascienden la realidad: de Entralgo se nos comunica que es «*un grupo de cuarenta o cincuenta casas*» y que está «*por todas partes rodeado de espesa arboleda*»[39] o de «*pomaradas*»[40]; de Canzana, que es «*lugar de más caserío, rodeado de árboles, mieses, prados y bosques deliciosos*»[41]; del río de Villoria, que sus orillas están «*sombreadas de avellanos*»[42] y que discurre por una «*estrecha cañada*» que cuando «*se ensancha un poco* (...) *entre el camino que sigue pegado a la falda de la colina y el río queda cierto espacio que se prolonga, formando una pradera más larga que ancha*», propiedad del marqués de Camposagrado, y que son «*los pedazos de tierra más fértiles de la comarca*»[43]. Al hacernos partícipes de la subida a la Braña de la comitiva o embajada al comienzo de la novela, la descripción se explaya en consideraciones anímicas más que orográficas:

> «*verdes praderas en declive, torrentes espumosos, gargantas estrechas, sombra, frescura, gratos olores, un silencio augusto y solemne que sólo interrumpían de vez en cuando las esquilas del ganado o el lejano chirrido de alguna carreta. La brisa, cargada de aromas, templaba el rigor de los rayos solares*»[44].

Y otro tanto puede manifestarse del prado Cerezangos («*hermoso, florido campo*»[45], «*mancha de un verde claro, contrastando con el más negro de su cinturón selvático* [que] *espaciaba la vista y la alegraba*»[46]), al que en *La novela de un novelista* dibuja como «*un vasto prado en declive y con no pocos altos y bajos*»[47]. El prado Cerezangos o Zerezangos, de unos veinte días de bueyes, lo tuvo hasta 1839, en que pasó a ser suyo, la familia de Palacio Valdés en calidad de arrendataria del monasterio de San Pelayo, de Oviedo.

En *La aldea perdida*, Palacio Valdés no sólo se sirvió de los escenarios topográficos para trasvasarlos a materia literaria, sino que hizo lo

---

[39] *Ibídem*, capítulo 1, pág. 58.
[40] *Ibídem*, capítulo 3, pág. 100.
[41] *Ibídem*, capítulo 1, pág. 58.
[42] *Ibídem*, capítulo 7, pág. 173.
[43] *Ibídem*, capítulo 9, pág. 197.
[44] *Ibídem*, capítulo 1, pág. 64.
[45] *Ibídem*, capítulo 17, pág. 293.
[46] *Ibídem*, capítulo 8, pág. 188.
[47] PALACIO VALDÉS, A., *La novela de un novelista*, *op. cit.*, capítulo 2, pág. 32.

propio con los edificios y lugares públicos y privados, como son los casos del *llagar*, las fuentes, el molino, la iglesia, el sitio de esparcimiento de la población o la casa natal. El *llagar* familiar mide unos 15 metros de longitud, fue vendido por sus herederos al industrial don Ezequiel Suárez, de quien lo adquirieron sus actuales propietarios, y ha permanecido tal cual fue levantado, lo que no sucede con el desaparecido palacio de los marqueses de Camposagrado en Villoria («*oscuro palacio medio derruido*»[48], nos avisaba ya hace un siglo el novelista).

Acerca del *molín* de Entralgo, Palacio Valdés no se extiende aquí, pero sí lo había hecho en *El idilio de un enfermo*, como vemos:

> «*Estaba adosado a la peña, medio oculto entre el follaje. Tan solo se vislumbraba el color rojo del techo. Las paredes vencidas, resquebrajadas en muchas partes, vestidas todas de musgo, se confundían con el césped y los árboles. La acequia que le daba movimiento caía partida en tres, de ocho a diez pies de altura, por unas canales de madera toscamente labradas, negras por la humedad y apuntando a las aspas, que al girar levantaban remolinos de espuma y tapaban casi por entero las aberturas en medio punto por donde el agua penetraba. Dentro todo era tosco también como fuera. Una sola estancia rectangular con piso de madera, manchado de harina, lleno de agujeros y rendijas, por las cuales se veía a las ruedas revolver furiosamente con sus brazos de roble el haz del agua. A un lado, y metidas en sendos cajones bruñidos por el uso, estaban las tres piedras moledoras que daban vueltas triturando el maíz o el centeno y arrojando por intervalos iguales un copo de harina en el cajón*»[49].

En *La aldea perdida*, el relator nos habla de dos fuentes: la fuente de Entralgo (popularmente conocida como fuente la María, y presente ya en *El idilio de un enfermo*, donde se decía que estaba «*un poco apartada del camino, en una hondonada sombreada de arbustos y zarzas*» y que se bajaba a ella «*por un sendero empinado y resbaladizo*»[50]) y la de Canzana, cuya pintura está notablemente bruñida:

> «*Al pie de una gran peña que la cobija, rodeada por todas partes de zarzas y espinos y madreselva, menos por la estrecha abertura que sirve de entrada, brota de la piedra un chorro de agua límpida, se desparrama sobre ella en hilos de plata,*

[48] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*, *op. cit.,* capítulo 9, pág. 204.
[49] PALACIO VALDÉS, A., *Obras Completas, op. cit.,* capítulo 12, pág. 135.
[50] *Ibídem*, capítulo 10, pág. 142.

*cae formando burbujas en un recipiente de granito, se trasvierte luego y fluye en menudos cristales y resbala por el césped*»[51].

Sobre la iglesia parroquial, indica que se encuentra «*situada en la falda de la colina y dista del pueblo dos tiros de piedra*»[52]; y del campo de la Bolera, que es «*el campo acostumbrado para los recreos del vecindario*»[53]. En lo que respecta a la morada del *capitán* don Félix, declara el autor que es un «*gran edificio irregular de un solo piso con toda clase de aberturas en la fachada* (...). *Los corredores, con rejas de madera, estaban adornados con sendas cortinas de pámpanos*»[54]. Para el emplazamiento y descripción de este espacio, el narrador pudo fundir en un solo enclave literario dos inmuebles reales, los de mayor abolengo en la aldea lavianesa de Entralgo: la casa natal de Palacio Valdés —la denominada *Casa Palacio*, una casona rural construida en el siglo XVIII, de planta rectangular, un piso y estructura de tres cuerpos, uno adelantado y dos laterales, en uno de los cuales existió un horno de leña que fue eliminado en tiempos recientes— y la residencia de don Agapito León —la *Casa de los León*, un edificio con escudo heráldico incluido en su fachada—. Al igual que la casa que vio nacer a Palacio Valdés, la casa de los León sufrió modificaciones en su estructura arquitectónica, y los lugareños todavía hoy se refieren a ella como *la casa del capitán*; delante de la misma, se alza la plazoleta de Entralgo, donde el narrador situará episodios como el de la lumbrada, en el segundo capítulo de *La aldea perdida*.

Como el paisaje, también los personajes de *La aldea perdida* tienen su correspondencia real, ya que están tomados de un contexto histórico bastante puntual, dado que los hechos que Palacio Valdés recrea pertenecen al momento de la instalación de las primeras empresas carboníferas en la cuenca naloniana. En algunos de los personajes que pululan por las páginas de la novela, las indagaciones de varios investigadores locales y regionales (entre ellos, Emilio Martínez Suárez[55], pero no el único) o mismamente las afirmaciones realizadas por Palacio Valdés tras la publicación de su obra han conseguido reconocer a las personas que pudieron servirle —ignoramos hasta qué punto— de modelo al es-

[51] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*, *op. cit.*, capítulo 3, pág. 106.

[52] *Ibídem*, capítulo 4, pág. 122.

[53] *Ibídem*, capítulo 6, pág. 155.

[54] *Ibídem*, capítulo 2, pág. 70.

[55] *Véase* MARTÍNEZ SUÁREZ, E., "La Laviana de Palacio Valdés", en *BIDEA*, Oviedo, núm.XIX, año VII, agosto de 1953, págs. 279-300.

critor[56]. Celso tendría su referente en un joven llamado Sixto Rodríguez, que, andando los años, acabaría emigrando del valle de Laviana; el ludópata cura don Prisco, en un clérigo de nombre Marcos Fernández Solís, retratado posteriormente en *La novela de un novelista*, y que tuvo su antecedente literario en el cura de Arbín que protagoniza el cuento palaciovaldesano *El potro del señor cura*; detrás de Bartolo parece ser que se esconde un tal Jerónimo de Entralgo (el artículo de Palacio Valdés para el álbum de fiestas de 1933 se ilustra, entre otras, con la imagen de un aldeano cuyo pie de foto reza así: «*Bartolo, célebre personaje de la "Aldea perdida"*»). Los mineros Plutón y Joyana serían los hermanos Máximo "El Chato" y Manuel "El Chato"[57]. Firmo tendría su correspondencia en un individuo de Ribota llamado Fermín Fernández; bajo la figura del rijoso capellán don Lesmes habitaría un hombre de Iglesia que respondería por don Feliciano o incluso por don Senén, si interpretamos entrelíneas el *lapsus* de Maximiliano Arboleya en su recensión de la novela desde las páginas de *El Carbayón*[58]. El tabernero Martinán sería la reconstrucción literaria del empresario José Loredo; el tío José de Canzana fue tal vez un tipo inspirado en Pepe Fernández, un vecino de Canzana. Y al personaje de la tía Jeroma le habría servido de acicate una mujer llamada Irene.

Otros personajes gozan de la doble paternidad (real y mítica). Nolo de la Braña, el principal protagonista masculino de *La aldea perdida*, encubriría a un criado que tuvo Palacio Valdés durante su corta estancia infantil en Entralgo y que aparece retratado en los primeros capítulos de *La novela de un novelista*; se trataría de un campesino de impresionante complexión anatómica llamado Manuel de Mardana que acabó sus días mendigando, sordo y medio ciego, y que fue a morir, en su vejez, bajo las ruedas de una carreta a la que no pudo esquivar. Este personaje

---

[56] Lo mismo que sucede con algunos episodios recreados por el novelista, cual es el de la pelea descrita en el capítulo titulado "El desquite". Así lo relata el cronista oficial de Laviana y escritor Emilio Martínez ("La Laviana de Palacio Valdés", *art. cit.*), para quien tal confrontación sí existió, aunque los protagonistas fueron los mozos de La Rebollá y La Traviesa; y la causa, una disputa por el cortejo de una joven aldeana. La reyerta adquirió tales dimensiones que, según Martínez, hubieron de intervenir las fuerzas del orden y el Juzgado lavianés.

[57] En *Santa Rogelia (De la leyenda de oro)*, Plutón aparece ya con su verdadero nombre en el personaje de Máximo.

[58] *Véase* MARAVILLAS (Maximiliano Arboleya), "*La aldea perdida*", en *El Carbayón*, Oviedo, 16 de febrero, 17 de febrero, 18 de febrero, 19 de febrero, 21 de febrero, 23 de febrero y 26 de febrero de 1903.

encarnaría, en el plano mitológico, cuando al dios Apolo, cuando a una suerte de Aquiles astur. Jacinto, por su parte, asumiría el rol del héroe Patroclo, compañero de fatigas de Aquiles, y su molde real habría sido un joven llamado Jacinto Álvarez, mientras que Quino personificaría a Ulises, el otro gran personaje mitológico, y nos remitiría, para su equivalencia real, a una persona de nombre Silverio González. El personaje de Toribión correspondería a Juan de Pedro de Llorío y podría simbolizar muy bien a Hércules, dada su imponente fortaleza física, o a Ayax o Héctor. El *capitán* don Félix Cantalicio Ramírez del Valle representaría a Casandra, la catastrofista voz de la conciencia que clama acerca del peligro que se cierne sobre la Arcadia lavianesa; el patrón para configurar a este personaje lo habría hallado Palacio Valdés en su abuelo materno, don Francisco Rodríguez Valdés.

**II.5** En 1921, Palacio Valdés da a la luz *La novela de un novelista*, donde aborda su filiación con el cordón natal de modo infalible y vuelven a salir a escena los mismos marcos naturales y humanos lavianeses que habían surtido a sus obras precedentes, sin grandes cambios salvo en lo relativo a su casa natal, de la que nos da una valiosa documentación en los dos primeros capítulos, al tiempo que, muy escuetamente, se refiere a la pomarada, establo y huerta familiar. Tales redundancias o insistencias nos hablan de un Palacio Valdés con un mundo singular, de un tono parejo al de sus otras incursiones y, en definitiva, de un creador con patrones fijos, no muy proclive a ampliar su círculo de actuación y al que no le preocupa la repetición de clichés estilísticos o de meras fórmulas expresivas.

**II.6** En 1931 sale a la venta su última novela larga, *Sinfonía pastoral*, y el valle de Laviana vuelve a copar protagonismo. Con esta obra crepuscular, cierre circular en su trayectoria literaria, vuelve el novelista a la evocación personal del universo agrícola asturiano del que había tenido conocimiento durante su niñez. El autor se detiene, a veces con excesiva morosidad, en la transmisión al lector con todo lujo de detalles de un repertorio suficientemente explicativo de las faenas agropecuarias y las costumbres tradicionales que se registraban en la Asturias montañesa de la segunda mitad del XIX; todo ello convertirá a muchas de sus páginas en un rico friso de etnografía popular.

El mundo campesino de esta novela de cierre entroncaría sin mayores problemas con el que su autor nos había legado en *La aldea perdida*,

obra a la que sirve de idóneo complemento, puesto que el marco elegido ahora es la parroquia lavianesa de El Condado, que en *La aldea perdida* no había pasado de ser una mención geográfica, tal y como lo serán ahora en *Sinfonía pastoral* espacios que en unos casos se citan con su nombre castellanizado, como Celleruelo, Fresnedo, Las Meloneras, Puente de Arco («*así llamado por el puente antiguo de piedra que en él se encuentra*»[59]) o los montes del Raigoso *(«fragosa sierra (...) con su crestería salvaje*»[60]); y que, en otros momentos, se dan en su vertiente popular, como al referirse a La Fombermeya, La Ferrera («*caserío situado en la falda de la montaña, a dos o tres kilómetros del Condado*»[61]) o Los Barreros.

Sobre El Condado, el narrador se decanta tanto por las marcas topográficas y climatológicas («*es el más llano, el más soleado*»[62], «*aldea* (...) *adornada de frondosa arboleda*»[63]) como por las psicológicas («*suave, coqueta y silenciosa*»[64], «*el más atractivo tal vez de todo el valle*»[65]). De la antigua Salices (hoy El Condado) recoge diversas construcciones a las que aplica una valoración crítica, como la casa tradicional asturiana del indiano Juan Quirós (prototipo modélico), la presa del molino o la iglesia («*una pequeña, modesta iglesia de aldea* [de] *una sola y pobre nave enjalbegada*»[66]) y su casa rectoral («*una casa vieja con las paredes sucias y descascarilladas*»[67]). Las novelas lavianesas de Palacio Valdés fijaron su objetivo en varios templos o santuarios del concejo, como la capilla del Otero, la iglesia de Villoria o la ya constatada de Entralgo, además de otros que aparecen con denominación figurada, caso de la capilla de Nuestra Señora de la Peña[68], la iglesia de Marín o la capilla de la Consolación («*la luz se filtraba con trabajo dentro del exiguo templo por dos ventanillas estrechas que más parecían grietas*»[69]), cuyo referente real quizás esté en la ermita de Nuestra Señora de la Visitación, sita en Les Campes (Fresnedo). Acotación al margen merecen fincas que fueron propiedad de la familia de Palacio Valdés y que aparecen con su verdadero

[59] PALACIO VALDÉS, A., *Sinfonía pastoral*, *op. cit.*, parte 2, capítulo 2, pág. 69.
[60] *Ibídem*, parte 2, capítulo 4, pág. 87.
[61] *Ibídem*, parte 2, capítulo5, pág. 92.
[62] *Ibídem*, parte 1, capítulo 3, pág. 20.
[63] *Ibídem*, parte 2, capítulo 2, pág. 69.
[64] *Ibídem*.
[65] *Ibídem*, parte 1, capítulo 3, pág. 20.
[66] *Ibídem*, parte 2, capítulo 3, pág. 77.
[67] *Ibídem*, parte 2, capítulo 3, pág. 78.
[68] PALACIO VALDÉS, A., *El señorito Octavio*, *op. cit.*, capítulo 8, pág. 130.
[69] *Ibídem*, capítulo 9, pág. 163.

nombre en esta novela de clausura, tal es el caso del prado de Entrambasriegas («*vasto y hermoso prado* [que] *formaba a modo de valle, por medio del cual corría un arroyuelo*»[70]), ya que, hacia 1863, el padre del escritor, don Silverio Palacio Cárcaba, compró al párroco de Entralgo, don José García Montero, un prado de tres días de bueyes denominado de Entrambasriegas.

También Pola de Laviana, escenario un poco más atendido en la primera de sus novelas, adquiere en esta última un papel más singular que en *La aldea perdida*, como advertimos en la atención que el narrador le presta al mercado semanal de los jueves, informándonos, asimismo, de la existencia de dos plazas en la capital municipal («*hay dos plazas* (...)*, una en la parte de abajo* (...) *y otra, la más antigua, en la parte de arriba del pueblo. En la primera venden sus géneros los mercaderes ambulantes* (...)*; en la segunda se encuentra el mercado del ganado*»[71]), así como de una cárcel, una fonda («*Llegado a la Pola, se alojó en la única casa de huéspedes que allí había, llamada de Zapico*»[72]) o una taberna («*la taberna de Engracia, que hervía de parroquianos en aquel momento*»[73]), que se añadiría a la taberna del Colorado que aparecía de refilón en *La aldea perdida*[74].

Palacio Valdés se erigió, a tenor de lo que hemos contemplado, en un embajador de Laviana allende las fronteras territoriales asturianas, transformando un espacio topográfico en *topos* literario, lo que equivale a perpetuarlo y ponerlo a salvo de la extinción.

## III. Asuetos veraniegos y uno invernal

Hemos localizado un total de 15 estancias de Palacio Valdés en el concejo lavianés que se corresponderían con los años: 1869, ¿1870?, 1875, ¿1876?, 1878, 1879, 1887, 1889, 1896, 1903, 1905, 1913, 1918, 1926 y 1927. Y no descartamos la existencia de más visitas (quizá vino en 1893 y 1920) de las cuales no haya quedado evidencia documental o que a nosotros nos conste.

---

[70] PALACIO VALDÉS, A., *Sinfonía pastoral*, *op. cit.*, parte 2, capítulo 5, pág. 90.
[71] *Ibídem*, parte 3, capítulo 3, pág. 126.
[72] *Ibídem*, parte 5, capítulo 3, pág. 192.
[73] *Ibídem*, parte 3, capítulo 3, pág. 127.
[74] PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*, *op. cit.*, capítulo 1, pág. 53.

**III.1** Acerca de su permanencia en tierras de Laviana en 1869 hay fehaciente testimonio en el arranque del penúltimo capítulo de *La novela de un novelista*, titulado "Poeta y cazador", en el que leemos:

> «*Jamás olvidaré aquel verano que pasé en mi aldea natal entre el cuarto y el quinto año del bachillerato. Entonces fue cuando mi alma se puso en contacto con la naturaleza y gozó la dulce embriaguez llena de alegría que a su influjo potente nos acomete. No recuerdo ninguna época de mi vida en que haya sido más dichoso. No lo fui al modo de un ser casquivano y bailarín sino como un poeta, como un griego primitivo que, subyugado por la magia dionisiaca, rompe en himnos celebrando la alianza del hombre con la tierra y el evangelio de la armonía de los mundos*»[75].

**III.2** Entre 1865 y 1870 también pasó en su aldea natal unos días por Navidad, como el escritor nos confiesa, aunque sin concretar el año exacto, en el mismo libro de memorias noveladas; una estancia durante la cual leyó en su idioma original el gran poema épico portugués *Os Lusíadas* (1572), de Luís de Camões; las bajas temperaturas del invierno de Entralgo le acarrearon una inflamación ocular de la que no se repondría totalmente:

> «*Llevé el libro, que era una linda edición diamante, a Entralgo en unas vacaciones de Navidad y lo leí al amor de la lumbre. Pero acaeció que saliendo de improviso un día al aire libre y frío me cogió una oftalmía de la cual me he resentido toda la vida*»[76].

**III.3** En 1875, a los 22 años, veraneó en sus posesiones de Entralgo, tal y como evoca en el artículo *Añoranzas*, donde da cuenta de sus andanzas en su edad adulta por la orografía circundante:

> «*En aquel tiempo escalaba yo alegremente los cerros y las montañas que guarnecen ese valle, la peña Mea, el pico de la Vara, los montes de Raigoso. A la peña Mayor ascendí cuando contaba 22 años de edad y allí dormí en la cabaña de un pastor*»[77].

---

[75] PALACIO VALDÉS, A., *La novela de un novelista*, *op. cit.,* capítulo 37, pág. 311.
[76] *Ibídem*, capítulo 31, pág. 262.
[77] PALACIO VALDÉS, A., "Añoranzas", *art. cit.*

III.4 Por estas mismas fechas, año arriba, año abajo, habría que situar a Palacio Valdés nuevamente en su predio entralguino, ya que recibe la visita que le gira su amigo el poeta bable Pepín Quevedo, y que éste recogerá, dos décadas después, en una composición que se popularizaría mucho en el último siglo y que llevaba por encabezamiento el de *Pola de Llaviana*. En la misma, escribe Quevedo que:

«*Fay ya vent'años y pico*
*(el tiempo cuerre que esnala)*
*que vesité yo la Pola*
*en güen amor y compaña*»

y recuerda cómo después de la comida en Entralgo, iban en dirección a la Pola:

«*en gran sociedá y falancia,*
*yo, Tanasio y Armandín*»[78].

**III.5** El 6 de agosto de 1878, Palacio Valdés le escribe una carta desde Pola de Laviana a Benito Pérez Galdós y por ella nos enteramos de que nuestro autor permanece en Entralgo desde los comienzos del verano de ese año compaginando actividad intelectual y distracciones estivales:

> «*Hace ya dos meses que estoy disfrutando en esta aldea del* Beatus Ille... *y nada que le interese puedo noticiarle. Unas veces tendido, "sul temine fago"*[79], *con Tirso de Molina en las manos; otras refrescando en brava compañía las fauces con el zumo de la manzana; otras corriendo por estos montes con la carabina al hombro en persecución de algún venado*»[80].

**III.6** Por otra epístola a Galdós (su ídolo por esos años y al que persigue y trata de adular para ganarse sus favores literarios y obtener un prólogo para su debut como novelista, prólogo que nunca llegaría) del año siguiente, datada en Oviedo el 28 de septiembre de 1879, sabemos

---

[78] QUEVEDO, P., "Pola de Llaviana", en *Laviana (Revista de Asturias)*, Pola de Laviana, año I, núm.7, octubre de 1896, pág. 65.

[79] No es correcta la trascripción latina.

[80] NUEZ, S. de la, y SCHRAIBMAN, J., *Cartas del archivo de Pérez Galdós*, *op. cit.*, pág. 106.

que Palacio Valdés se acercó a su valle natal: «*Me apresuro a contestarle (no he recibido la carta hasta hoy por haber ido a Laviana)*»[81].

**III.7** Una nueva carta dirigida al autor de *Fortunata y Jacinta* desde Entralgo el 28 de julio de 1887 nos lo vuelve a situar en sus lares nativos y alabando otra vez las dotes narrativas del escritor canario. En lo que aquí nos concierne, dice Palacio Valdés:

> «*Estoy hecho un filósofo, inspirándome en las obras portentosas de la naturaleza para dormir siestas de tres horas y comerme fuentes inverosímiles de frijoles y guisantes. Lo peor es que me ha salido un enjambre de diviesos críticos que me tienen martirizado. Los estoy combatiendo con los baños de río y la zarzaparrilla*»[82].

**III.8** En el verano de 1889 regresa otra vez a Laviana pues una de sus cartas dirigidas al crítico catalán José Yxart[83] está registrada en su concejo natal un 25 de julio de 1889, aunque en su contenido nada se dice ni trasluce sobre su asueto.

**III.9** En 1896, Palacio Valdés volvió a veranear en Entralgo, como testimonia el siguiente breve incluido en el ejemplar de agosto de 1896 de la revista *Laviana*, dirigida por el publicista y galeno lavianés don Eladio García Jove Alonso:

> «*Se hallan en su alegre posesión de Entralgo, donde pasarán la actual estación, nuestros apreciables amigos, el eximio novelista D. Armando Palacio Valdés, y su ilustrado hermano D. Atanasio, con su distinguida familia*»[84].

**III.10** En el diario ovetense *El Carbayón*, correspondiente al jueves 9 de julio de 1903, el mismo año de publicación de *La aldea perdida*, encontramos la siguiente nota:

> «*Se encuentra en Entralgo, el distinguido novelista D. Armando Palacio*

[81] *Ibídem*, pág. 109.
[82] *Ibídem*, pág. 121.
[83] TORRES, D., "Del archivo epistolar de Palacio Valdés", en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Santander, LVIII, 1982, pág. 269.
[84] "Noticias", en *Laviana (Revista de Asturias)*, Pola de Laviana, núm.5, año I, agosto de 1896, pág. 48.

*Valdés, quien después de pasar una temporada en Asturias hará un viaje a las provincias Vascongadas*»[85].

**III.11** En 1933, Palacio Valdés, atendiendo a los requerimientos de sus amigos lavianeses, escribe el mencionado artículo *Añoranzas* para el portfolio de las fiestas de Nuestra Señora del Otero, y en él recuerda una estancia del año 1905, así como lo que en aquella ocasión hizo, aunque tal cúmulo de actividades bien pudiera ser un compendio de todos sus recuerdos lavianeses, pues después de 1927 no se tiene conocimiento de más visitas. Dice Palacio Valdés sobre esa estancia de 1905:

> «*Treinta años más tarde, cuando contaba cincuenta y dos, subí de nuevo* [a Peña Mayor] *acompañado de Benito y Bernardo Menéndez, Silvino Jove, el párroco Rosal, el juez Prendes Pando, presidente después de la Audiencia de Oviedo, y de algunas bellas y amables jóvenes.*
>
> *A los montes del Raigoso fui a cazar con Agapito León, Emilio Zapico y otros amigos. Ellos cazaron algunas piezas. Yo no cacé nada más que un zapito de leche tan sabrosa que no he podido olvidarla en mi vida.*
>
> *En las romerías del Carmen, de los Mártires, y Lorío comí avellanas y empedernidas rosquillas. En la de las Campas, bebí algunos vasos de vino peleón en compañía de mi inolvidable amigo Agapito León y el famoso Ramón de las Argayadas* [personaje que Palacio Valdés retrata en *Sinfonía pastoral*]. *Me bañé en el pozo de la Coaña, canté en las esfoyazas, salté en las fogueras, bailé al son de la gaita, pillé indigestiones de manzanas verdes, monté caballos en pelo y me rompí las narices. Estas cosas no se olvidan jamás*»[86].

**III.12** En el verano de 1913 viajó hasta Laviana como se desprende de una carta fechada el 21 de enero de 1914 y dirigida a la joven polesa Trinidad García Jove Lamuño, hija de los propietarios de la Fonda Dolores, regentada por doña Soledad Lamuño, y en la que se alojaría el novelista. En la susodicha epístola afirma lo siguiente Armando Palacio Valdés:

> «*Si me hubiesen ofrecido un dulce de cabello como el que ustedes me dieron*

[85] *El Carbayón (Diario asturiano de la mañana)*, Oviedo, jueves 9 de julio de 1903.
[86] PALACIO VALDÉS, A., "Añoranzas", *art. cit.*

*este verano y vaso de leche es posible que hubiera asistido a esa cena* [se refiere a un banquete en honor del político Antonio Maura al que no fue]»[87].

**III.13** En 1918 regresó nuestro literato a Laviana, ya que, con fecha del 13 de septiembre, escribe, desde la Pola, una nota o acuse de recibo dirigida al poeta bilingüe gijonés Fabriciano González García, *Fabricio*, a la sazón secretario del Ayuntamiento lavianés, en la que manifiesta:

«*En este momento recibo su graciosa poesía que le agradezco. Ha sabido Vd. sacar brillante partido del insignificante incidente cómico que le he narrado. Nos vamos esta tarde a Oviedo, de allí a Avilés y pocos días después a Madrid*»[88].

Además, el 16 de julio de ese año, 1918, Palacio Valdés había expresado desde Madrid sus planes de viaje a un amigo cubano llamado Isidro Pruneda: «*Dentro de unos días pienso salir para Asturias. Iré a Laviana y haré alguna escapada a Avilés*»[89].

**III.14** A raíz del segundo homenaje que la ciudad de Oviedo le tributó en el verano de 1926, Palacio Valdés se acercó a Laviana, tal y como refiere el estudioso Ángel Cruz Rueda en su avalada biografía del lavianés (en la carta que le dirigió a su biógrafo, y que antecede al libro, afirmó que la lectura de tal trabajo provocará «*deleite por la elegancia y primor con que ha sido escrita*»[90]). Nos indica Cruz Rueda que don Armando

«*estuvo en Oviedo, visitó el lugar nativo del concejo de Laviana, descansó*

---

[87] Carta inédita. Algún fragmento de la misma ha sido publicado recientemente por Albino SUÁREZ, "Cartas de amor de Palacio Valdés", en *Alto Nalón*, Pola de Laviana, núm.199-201, primer trimestre de 2003, págs. 69-70.

88 Exhumada por Luciano CASTAÑÓN en la edición de la poesía en bable de *Fabricio* que preparó antes de morir, *Poesías asturianas*. Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, "Biblioteca literaria asturiana", núm.3, 1987.

[89] PRUNEDA, I., "El primer homenaje a Palacio Valdés", en *La Voz de Avilés*, Avilés, 8 de agosto de 1920.

[90] CRUZ RUEDA, Á., *Palacio Valdés. Su vida y su obra*. Madrid, Editorial S.A.E.T.A., 1949, página sin numeración.

*en su hotelito de Avilés, y rápidamente se le organizó un homenaje popular en la capital*»[91].

**III.15** Un año después, 1927, hemos encontrado la última, y escueta, referencia a una posible visita del escritor, visita de despedida a Asturias y quizás también a Laviana. En carta dirigida al emigrante asturiano y escritor José Manuel Bada el 26 de agosto de 1927 desde Cap Breton (residencia temporal del novelista desde 1908 en las Landas francesas, donde había adquirido un chalet al que bautizó como *Marta y María*), Palacio Valdés escribe: «*Pienso partir de aquí el 15 del mes próximo. Iré a Asturias y permaneceré allí hasta primero de octubre*»[92].

## IV. Mano tendida

No fue tampoco Palacio Valdés parco a la hora de poner al servicio de Laviana sus contactos y propias iniciativas. Solamente pensemos, por poner dos casos de servicio comunitario y ante instancias más altas, en: a) la contribución que, a título de vecino famoso de Entralgo, realiza en los años veinte del siglo pasado para cooperar en la nueva construcción del puente que enlaza La Chalana con Entralgo, y que ascendió, según dio a conocer el publicista Albino Suárez en 1983[93], a 200 pesetas. Y b) las gestiones realizadas en 1911 por Palacio Valdés ante el ministro de Hacienda del Estado para impedir que el concejo de Aller se desligara del partido judicial de Laviana, trámite que quedó plasmado en una carta que exhumó en su día Francisco Trinidad[94].

A tenor de lo que hasta aquí hemos recolectado, no podemos por menor que concluir que, en la vida y en la obra de Armando Palacio Valdés, Laviana tuvo siempre reservado un puesto descollante.

---

[91] *Ibídem*, pág. 197.

[92] BLANCO PIÑÁN, Salvador, "Cincuenta cartas de Palacio Valdés y un emigrante asturiano en Nueva York", en *BIDEA*, Oviedo, XXVIII, 1974, pág. 48.

[93] *Vid.* A[lbino] S[uárez], "Palacio Valdés, 200 pesetas", en *Alto Nalón*, Pola de Laviana, núm.5, octubre de 1983, pág. 29.

94 *Vid.* TRINIDAD, F., *Palacio Valdés y Laviana*. Pola de Laviana, Excmo. Ayuntamiento de Laviana, 1983, pág. 19.